

Letras secuestradas

Mauricio Rosales Zamorano

Image not found.

Capítulo 1

Cansado de las burlas, comentarios y su propia autoestima ya debilitada. Marshall decidió cortarse las manos. Su ortografía era como el culo y su caligrafía aun peor. A sus veintiocho años y con una profesión respetable las bromas y rumores no cesaban.

-Tienes letra de cabro chico.

-No, es peor que eso. Mi hermano chico tiene mejor letra.

-Arregla la wea pos.

Parecía que cada año que pasaba era peor. Ya tenía miedo de escribir en público. Quizás no le dirían nada o hasta su letra se vería mejor. Pero él siempre esperaba lo peor. Su colega de la universidad le daba consejos y hasta ejercicios para mejorar su letra.

- Toma che esto te ayudara.

- Ya me has entregado de esas weaitas antes y no han funcionado.

- Debes practicar eso es todo.

- Ya estoy aburrido de practicar. Tu eres profesor para ti es más fácil, no me entiendes- Le dijo mientras arrojaba al basurero las fotocopias. Abrió la puerta, se disculpó anticipadamente y se despidió cerrando la puerta de la oficina con un solo golpe seco.

Esa misma noche en la cocina de su casa con cuchillo en mano estaba listo para el corte final. Pero segundos antes de dejar caer el cuchillo sobre su carne, este cayó en el lavaplatos. Una nueva idea había superado la mutilación. La ejercitación.

Tomó su auto y se dirigió a la universidad. Por suerte para su plan la vida universitaria también se vive de noche en Strawberry. Se estacionó en su lugar reservado y caminó a la facultad de medicina, saludó al guardia y entró. Ya con todo lo necesario en su bolso se despidió del guardia y le agradecía por haberle permitido buscar su celular.

- Gracias, me siento muy torpe por lo sucedido, eres el mejor Emilio.

- No se preocupe para eso estamos, además a quien no le ha pasado. Si le contara cuantas veces he perdido el aparatito estaríamos toda la noche aquí.

- Cuídese.

- Igualmente.

En la universidad no había mucha gente. La mayoría de los estudiantes dormían o bien se habían ido a sus casas. Aparte de los guardias y asistentes en diferentes sectores del campus, solo se podían ver algunas luces por las ventanas de una que otra facultad. Siendo la más iluminada de estas la biblioteca de la facultad de Ciencias Sociales. Abierta las veinticuatro horas del día para el placer de todo estudiante, profesor e incluso funcionarios. En el centro de la biblioteca uno de sus pocos amigos, el profe Dani como le decían sus alumnos más simpáticos y a los que él les permitía ese derecho, después de todo sacar sobre seis en historia nunca antes había sido tan difícil.

Podía ver por la ventana de la puerta como él leía uno de varios libros esparcido por la mesa. Comenzaba a dudar de lo que haría, después de todo era su amigo y tenía sentimientos encontrados. En ese momento vio como tomaba sus apuntes con total fluidez y suavidad. Fue ahí cuando su cuerpo se llenó de rabia, frustración y envidia. No era el momento de dudar.

Tratando de disimular todo su pesar abrió la puerta de la biblioteca y camino en silencio hacia la mesa de su amigo. Se sentó frente a él y lo saludo afectivamente -Buena compadre- dijo estrechando su mano. Veo estas algo ocupado pero necesito de manera urgente mostrarte un descubrimiento en el laboratorio - Estoy algo ocupado ahora ¿no podría ser mañana?- Lo miro con un poco de cansancio pero sin ningún ánimo de ofenderlo -Te entiendo, pero debe ser ahora, necesito tu ayuda y entre antes mejor. Tú sabes que los descubrimientos no esperan a nadie- Esas últimas palabras calaron hondo en la curiosidad de Daniel que luego de unos segundos acepto la propuesta. Cerró su libro, guardo sus pertenencias en la mochila que tenía en el respaldo de la mochila, para luego ponérsela e ir a dejar el libro a su estante correspondiente.

Caminar de noche por la universidad tenía algo de nobleza y a la vez humildad, casi poético casi intelectual. Preocuparse de prender y apagar las luces, no interrumpir al resto y seguir con sus propios trabajos.

Ya en la facultad de ciencias entraron en el laboratorio de química. Primero entró Marshall, prendió la luz y dejo pasar a su amigo quien miraba el laboratorio con entusiasmo pero sin notar nada especial. Solo un laboratorio más. Seguía inspeccionando todo cuando de súbito sintió un pinchazo en el cuello que comenzó a relajarlo, sus piernas perdían firmeza segundo a segundo y le costaba mantener los ojos abiertos. Lo último que vio ya desde el piso fue a su amigo parado al lado de él con

una jeringa vacía en su mano derecha.

Al otro día el profesor Marshall dictaba su clase más feliz que nunca. Hasta escribió en la pizarra como si nada, frente a la sorpresa de algunos de sus alumnos. - Profesor que linda es su letra, no la recordaba. - Gracias, como todo en la vida con práctica y paciencia todo se puede mejorar, incluso la letra. Ahora concéntrense, que necesito que ustedes sean también sean mejores ¿leyeron la introducción que les envié ayer?